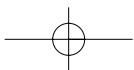
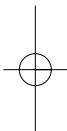
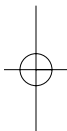
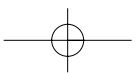
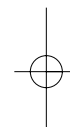
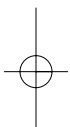


CONFLICTO





1

—¡Damon!

Un viento helado azotó los cabellos de Elena contra su rostro, tirando de su fino suéter. Hojas de roble se arremolinaban entre las hileras de lápidas de granito, y los árboles hacían entrechocar las ramas frenéticamente. Elena tenía las manos heladas, los labios y las mejillas entumecidos, pero se mantuvo directamente de cara al aullante viento, gritándole:

—¡Damon!

Aquel tiempo era una exhibición de su Poder, destinada a ahuyentarla. No funcionaría. La idea de ese mismo Poder vuelto contra Stefan despertaba en su interior una furia abrasadora que ardía en oposición al viento. Si Damon le había hecho algo a Stefan, si Damon le había hecho daño...

—¡Maldito seas, respóndeme! —chilló a los robles que bordeaban el cementerio.

Una hoja seca de roble que parecía una marchita mano morena avanzó a saltitos hasta su pie, pero no hubo respuesta. En lo alto, el cielo era gris como cristal, gris como las lápidas que la rodeaban. Ele-

na sintió que la ira y la frustración le escocían en la garganta y hundió los hombros. Se había equivocado. Damon no estaba allí, después de todo; estaba sola con el viento que aullaba.

Giró... y lanzó una exclamación ahogada.

Estaba justo detrás de ella, tan cerca que sus ropas le rozaron cuando se dio la vuelta. A aquella distancia, debería haber percibido la presencia de otro ser humano allí parado, debería haber notado el calor de su cuerpo o haberle oído. Pero Damon, por supuesto, no era humano.

Se echó hacia atrás un par de pasos antes de poder controlarse. Todos los instintos que habían permanecido en silencio mientras gritaba a la violencia del viento le suplicaban ahora que huyera.

Cerró los puños.

—¿Dónde está Stefan?

Una línea apareció entre las oscuras cejas de Damon.

—¿Stefan qué?

Elena se adelantó y le abofeteó.

No había pensado hacerlo antes de hacerlo, y luego apenas pudo creer que lo había hecho. Pero fue un bofetón potente y seco, dado con toda la fuerza de su cuerpo tras él, y torció el rostro de Damon hacia un lado. La mano le ardía. Se quedó allí quieta, intentando calmar la respiración, y le observó con atención.

Iba vestido como le había visto la primera vez, de negro. Botas blandas negras, vaqueros negros, suéter negro y cazadora de cuero. Y se parecía a Stefan. No comprendía cómo no se había fijado en ello antes. Tenía los mismos cabellos oscuros, la misma tez pálida, el mismo inquietante atractivo. Pero sus cabellos eran lisos, no ondulados, los ojos eran negros como la medianoche y la boca era cruel.

Volvió la cabeza lentamente para mirarla, y Elena vio enrojecer la mejilla que había abofeteado.

—No me mientas —dijo con voz agitada—. Sé quién eres. Sé lo

que eres. Mataste al señor Tanner anoche. Y ahora Stefan ha desaparecido.

—¿De verdad?

—¡Sabes que sí!

Damon sonrió y a continuación apagó la sonrisa instantáneamente.

—Te lo advierto: si le has hecho daño...

—Entonces, ¿qué? —repuso él—. ¿Qué harás, Elena? ¿Qué puedes hacer contra mí?

Elena se quedó callada. Por primera vez, reparó en que el viento se había apagado. El día se había vuelto sepulcralmente silencioso alrededor de ambos, como si estuvieran inmóviles en el centro de algún gran círculo de poder. Parecía como si todo, el cielo plomizo, los robles y las hayas moradas, el mismo suelo, estuviera conectado a él, como si absorbiera Poder de todo ello. Permanecía parado con la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los ojos insondables y llenos de extrañas luces.

—No lo sé —musitó la muchacha—, pero encontraré algo. Créeme.

Él rió de improviso, y el corazón de Elena dio un vuelco y empezó a palpar con fuerza. Dios, era hermoso. Apuesto era una palabra demasiado pobre y gris. Como de costumbre, la carcajada sólo duró un instante, pero incluso cuando sus labios se serenaron dejó un vestigio en sus ojos.

—Te creo —respondió, relajándose mientras paseaba la mirada por el cementerio.

Luego volvió el rostro hacia ella y le tendió una mano.

—Eres demasiado buena para mi hermano —dijo con toda tranquilidad.

Elena pensó en apartar su mano de un manotazo, pero no quería volver a tocarle.

—Dime dónde está.

—Más tarde, tal vez..., por un precio.

Retiró la mano, justo mientras Elena advertía que en ella lucía un anillo como el de Stefan: de plata y lapislázuli. «Recuerda eso —pensó con ferocidad—. Es importante.»

—Mi hermano —siguió él— es un estúpido. Cree que porque te pareces a Katherine eres débil y te dejas influenciar fácilmente. Pero se equivoca. Pude percibir tu ira desde el otro extremo de la ciudad. La percibo ahora, una luz blanca como el sol del desierto. Tienes fortaleza, Elena, incluso tal y como eres. Pero podrías ser mucho más fuerte...

Ella le miró fijamente, sin comprender, sin gustarle el cambio de tema.

—No sé de qué hablas. ¿Y qué tiene eso que ver con Stefan?

—Hablo de Poder, Elena.

De improviso se colocó muy cerca de ella, con los ojos fijos en los de la muchacha y la voz baja y apremiante.

—Lo has probado todo, y nada te ha satisfecho. Eres la chica que lo tiene todo, pero siempre ha habido algo que ha estado fuera de tu alcance, algo que necesitas desesperadamente y no puedes tener. Eso es lo que te estoy ofreciendo. Poder. Vida eterna. Y sensaciones que no has tenido jamás.

Elena sí lo comprendió entonces, y la cólera ascendió por su garganta. Sintió una asfixiante sensación de horror y rechazo.

—No.

—¿Por qué no? —susurró él—. ¿Por qué no probarlo, Elena? Sé sincera. ¿No hay una parte de ti que lo desea?

Los ojos oscuros del joven estaban llenos de un ardor y una intensidad que la mantenían paralizada, incapaz de desviar la mirada.

—Puedo despertar cosas en tu interior que han permanecido dormidas toda tu vida. Eres bastante fuerte para vivir en la oscuridad y enorgullecerte de ello. Puedes convertirte en una reina de las som-

bras. ¿Por qué no tomas ese Poder, Elena? Deja que te ayude a tomarlo.

—No —dijo ella, apartando violentamente los ojos de los de él.

No le miraría, no le permitiría hacerle eso. No le permitiría hacerle olvidar... hacerle olvidar...

—Es el secreto supremo, Elena —insistió él, y su voz era tan acariciadora como las yemas de los dedos que rozaban su garganta—. Serás como no lo has sido nunca antes.

Había algo terriblemente importante que ella debía recordar. Damon usaba Poder para hacer que lo olvidara, pero no le permitiría hacerla olvidar...

—Y estaremos juntos, tú y yo.

Las frías yemas de los dedos acariciaron el costado de su garganta, deslizándose bajo el cuello del suéter.

—Sólo nosotros dos, para siempre.

Sintió una repentina punzada de dolor cuando los dedos de Damon rozaron dos heridas diminutas en la carne de su cuello, y su mente se aclaró.

Hacerla olvidar... a Stefan.

Eso era lo que él quería expulsar de su mente. El recuerdo de Stefan, de sus ojos verdes y de su sonrisa, que siempre tenía tristeza acechando tras ella. Pero nada podía arrancar a Stefan de sus pensamientos ya, no tras lo que habían compartido. Se apartó de Damon, echando a un lado aquellas frías yemas, y le miró directamente a la cara.

—Ya he encontrado lo que quiero —dijo con brutalidad—. Y con quien quiero estar para siempre.

Los ojos de Damon se llenaron de oscuridad en forma de una fría cólera que barrió el aire entre ambos. Al mirar al interior de aquellos ojos, a la mente de Elena acudió la imagen de una cobra a punto de atacar.

—No seas tan estúpida como lo es mi hermano —dijo él—. O tendré que tratarte del mismo modo.

Ahora sí estaba asustada. No podía evitarlo, no con el frío vertiéndose en su interior, helándole los huesos. El viento volvía a alzarse, las ramas se agitaban.

—Dime dónde está, Damon.

—¿En este momento? No lo sé. ¿Es que no puedes parar de pensar en él por un instante?

—¡No!

Se estremeció, y los cabellos volvieron a azotarle el rostro.

—¿Y ésa es tu respuesta final hoy? Asegúrate de estar totalmente convencida de querer jugar a esto conmigo, Elena. Las consecuencias no son ninguna tontería.

—Estoy segura. —Tenía que detenerle antes de que volviera adueñarse de ella—. Y no puedes intimidarme, Damon, ¿o no te has dado cuenta? En cuanto Stefan me contó lo que eras, lo que habías hecho, perdiste cualquier poder que pudieras haber tenido sobre mí. Te odio. Me repugnas. Y no hay nada que puedas hacerme, ya no.

El rostro del joven se alteró, la sensualidad retorciéndose y congelándose, volviéndose cruel y tremendamente dura. Rió, y su risotada resonó una y otra vez.

—¿Nada? —preguntó—. Puedo haceros cualquier cosa a ti y a los que amas. No tienes ni idea, Elena, de lo que puedo hacer. Pero lo averiguarás.

Retrocedió, y el viento se abrió paso a través de Elena como un cuchillo. Su visión pareció nublarse; era como si motas de luminosidad inundaran el aire ante sus ojos.

—Se acerca el invierno, Elena —dijo él, y su voz era nítida y espeluznante, sobreponiéndose al aullido del viento—. Una estación implacable. Antes de que llegue, habrás averiguado qué puedo hacer

y qué no. Antes de que el invierno esté aquí, te habrás unido a mí. Serás mía.

La arremolinada blancura la cegaba, y ya no podía ver la masa negra que era la figura de Damon. En aquellos momentos, incluso la voz de Damon se desvanecía. Se abrazó a sí misma, con la cabeza inclinada al frente y todo el cuerpo estremecido. Musitó:

—Stefan...

—Ah, y una cosa más —la voz de Damon regresó a ella—. Me preguntaste antes por mi hermano. No te molestes en buscarle, Elena. Le maté anoche.

La cabeza de la muchacha se alzó violentamente, pero no había nada que ver, sólo la mareante blancura que quemaba su nariz y sus mejillas y espesaba sus pestañas. Hasta ese momento, cuando los finos granos se posaron en su piel, no comprendió qué eran: copos nieve.

Nevaba el primero de noviembre. En las alturas, el sol había desaparecido.